

El Arte Andaluz

REVISTA SEMANAL DE ESPECTÁCULOS

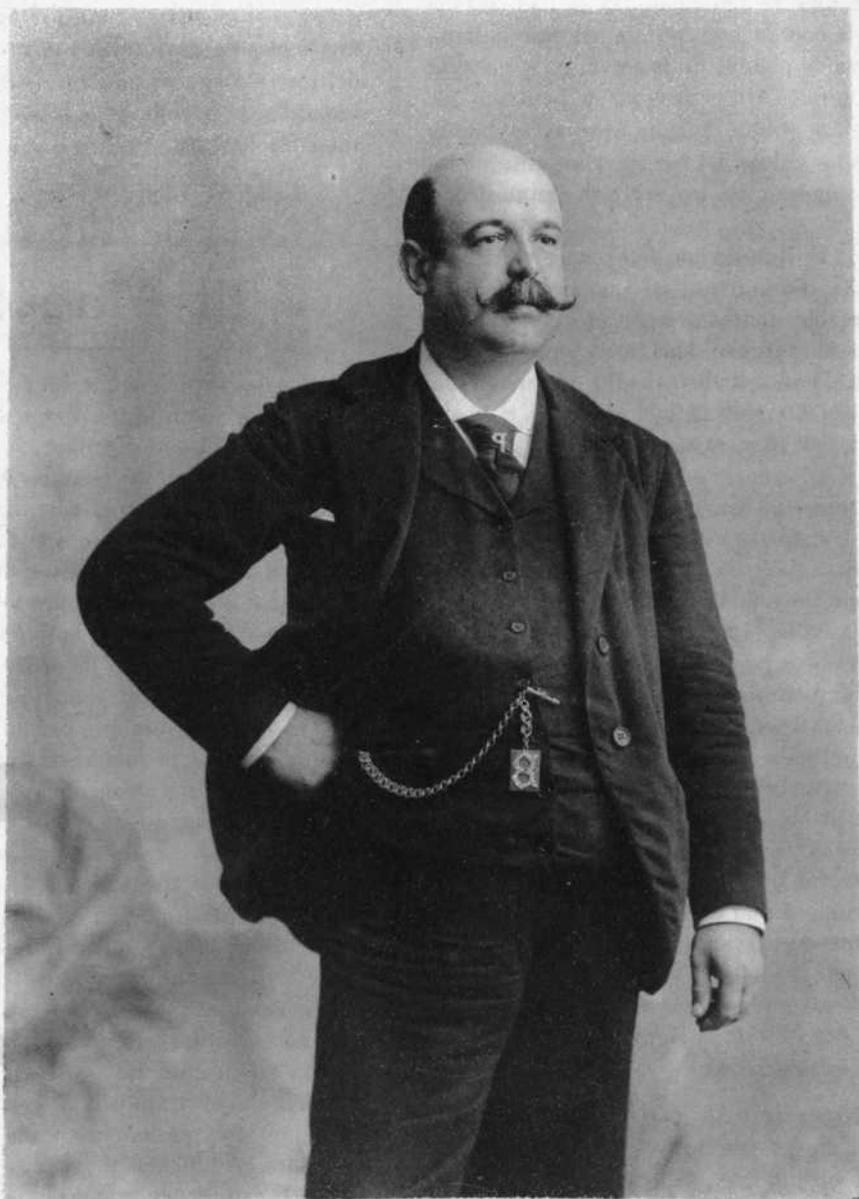
DIRECTOR, D. FRANCISCO OVIEDO

Tercera época

Sevilla 15 de Abril de 1895.

Número suelto, 15 cénts.— Idem atrasado, 25.

Año III.—N.º 23



Fotografía de Fernando Garrorena

Fototipia de Saña é hijo.—Sevilla.

D. Braulio Pizarro y Saiz

Braulio Pizarro y Saiz

De ilustre abolengo, pues que descende en línea recta del famoso conquistador del Perú, nuestro biografiado nació en Alburquerque (Badajoz) el 22 de Octubre de 1854 y es uno de los más entusiastas defensores de nuestra fiesta nacional y de los más distinguidos aficionados *prácticos* con que cuenta el arte de Montes.

Desde muy niño mostró gran afición al toreo y para satisfacerla mandó construir, de madera de encina, una cabeza de toro perfectamente armada con hermosos y afilados cuernos. El astado y encinoso bruto (el toro de D. Braulio le llamaban las gentes) estaba pendiente de una cuerda que puesta en movimiento oscilaba á manera de péndulo y le servía para ensayar las suertes del toreo. Allí sufrieron su bautismo de sangre, rompiéndose el que de agua bendita recibieron en la pila, todos los chicos del barrio y algunos de los diestros que hoy figuran en los carteles, como Badila y el Sastre.

No satisfecho D. Braulio con esta especie de toreo doméstico, acudía diariamente al matadero de esta capital y allí toreaba cuantas reses se prestaban á ello, de las destinadas al sacrificio. Más tarde tomó parte en muchas corridas de aficionados, siendo las más notable la que toreó en Almendralejo el año 77 y las celebradas en Badajoz el 78 y el 85.

Cuando llegó á la mayor edad dejó el toreo activo y pasó á tomar parte de esa multitud de aficionados que en España constituyen lo que pudiéramos llamar la escala de reserva del toreo, y que se distinguen por su afán incesante de hablar de toros y toreros á todas las horas del día y de la noche. Como uno de tantos guarda en un archivo muchas reliquias taurinas.

Tiene relaciones amistosas con todos los aficionados de la península Ibérica, y es tan popular por su carácter jovial, bullicioso y franco, entre los españoles como entre los portugueses. *Se cuenta, se baila y se toca* como cualquiera de los hijos de la tierra de María Santísima; pero estas aficiones flamencas no le impiden dedicar gran atención al arte de la pintura, que profesa con singular cariño, siendo uno de los discípulos predilectos del gran maestro D. Felipe Checa. En la exposición de bellas artes celebrada en Madrid el año 81 figuró con un *bodegón* que los señores Vallejo y Serrano de la Pedrosa apreciaron de la siguiente manera en un chistoso *catálogo cómico-crítico*:

«Una perdiz y un palomo
que no me huelen muy bien;
que al prójimo se los den
que lo que es yo no los como.»

No parece sino que dijeron á estos señores que estaban efectivameete podridos los modelos.

En la exposición del año 92, en Badajoz, obtuvo una medalla de bronce por los cuadros que presentó, y sus últimas obras son: *la llegada de Jesús al Calvario*, copia de Echéna, que regaló á la iglesia de San Martín en Trujillo; un precioso país de abanico, de *costumbres*

andaluzas, que tiene la señora Marquesa de Jerez de los Caballeros, y unos platos que tendrán muy pronto las bellísimas hijas del ganadero portugués Sr. Palha.

El Sr. Pizarro tiene un bñnito estudio, muy rico en ropas y objetos históricos de gran antigüedad y valor.

Hoy figura entre la gente del toreo como uno de los más decididos partidarios de *Guerrita* con quien tiene íntima amistad y á quien sigue, durante la temporada, á las principales plazas de España. En feria de San Miguel tuvimos el gusto de conocerle y tratarle y pudimos admirar sus condiciones y el *tronío* que se trae con las mujeres á quienes, despues de los toros, rinde culto fervoroso.

Por todas sus cualidades personales, D. Braulio se grangea el afecto de cuantos logran su amistad, y es una figura de gran relieve entre los numerosos amigos del torero cordobés, hoy en moda. Por esto damos su biografía y retrato, que suponemos verán con gusto nuestros lectores.

PA SE.

Badajoz 8 Diciembre 1894.

El Maestrazo

En los últimos años del reinado de Don Fernando VII, cuando nuestra heróica nación era una de las más atrasadillas de Europa; cuando se viajaba en galera, se jugaba en las tertulias al *Solito*, se merendaba en el teatro y nuestras costumbres conservaban mucho de lo que en otro tiempo fueron; cuando los campos estaban llenos de ínclitos bandidos y las cárceles de pícaros liberales, por obra y gracia del señor Calomarde; habia en Sevilla, emporio, flor y nata de la afición taurina, un mozo de provecho, á quien, sin duda por su destreza en el manejo de la aguja le llamaban el *Maestrazo*, nombre que por lo demás no le cuadraba, pues era de pequeña estatura, menudo, flaco nerviosillo y no poco atronado.

La historia, que á veces se ocupa y detiene en insignificantes detalles, no se ha cuidado (omisión imperdonable) de transmitirnos el nombre de pila de el *Maestrazo*, razón por la cual, sólo podré mencionarle con el alias, con gran sentimiento mío, que no quisiera se escapara tan interesante pormenor de este notable personaje.

El Maestrazo, era un aficionado de los netos, jamás perdía su asiento de *cajón* en la corrida del lunes, frecuentaba el trato con la gente maja, era rumboso, entrometido y parlanchín, creía ser de gran autoridad en materias taurinas y capaz de dar lecciones al lidiador más famoso que pisara el circo.

Cuando nuestro hombre salía de su taller de costura, situado en la plaza del Ciprés, buscaba su diaria tertulia y entre ella, hablando de los *pases* de Ruiz, de las suertes de capa de Miranda, de las extravagancias del *Barbero*, del volapié y del pasa-toro, transcurríanse las horas de la tarde y no pocas de las de la noche, amenizadas en más de una ocasión con rasgueos de guitarras, cante *jondo*, *Panaderos* ó *Vito*.

Llegó el año 1830, año memorable en los fastos taurinos, y en el cual el Señor Rey Don Fernando, queriendo acrecentar la prosperidad de estos Reinos, fundó el *Conservatorio de Tauromaquia*, ó escuela práctica y teórica de tan difícil arte, para que de ella saliesen esforzados, varones que continuasen las glorias de el *Africano*, Mendevil, el Pamplonés, Costillares y Pepe-Illo.

Excusado es decir que nuestro *Maestrazo* fué de los primeros discípulos que acudieron á la Cátedra donde el viejo Romero, con sus setenta años á cuesta explicaba las reglas de la lidia y difundía los más esenciales conocimientos para sortear las reses, ante escogido público y bajo la presidencia de aquel D. José Manuel de Arjona, Asistente de Sevilla, que tanto trabajó por el engrandecimiento de la ciudad y por el aumento de la afición taurina.

Era, en verdad, cosa digna de verse cuando salía el *Maestrazo* al corralón y siguiendo las voces del catedrático practicaba suertes con lucimiento en la mayoría de las ocasiones, pues á lo que parece, el mozo demostraba aptitudes é iba siendo una esperanza para el arte.

Pasaron meses y en el estío de 1832, después de dos años de continuos estudios pudo conseguir el oficial de sastre que lo sacaran á torear en la plaza de Sevilla, ilusión que acariciaba desde mucho tiempo, y que iba á ver satisfecha, merced á no pocas influencias que puso en juego y en la cual no dejó de pesar la de Jerónimo Candido, que decía á boca llena que el *Maestrazo* iba á dejar muy atrás á todos sus condiscípulos, y aun á muchos que tenían *hecho ya el cartel*.

Día memorable en la vida del mozo fué aquel lunes en que vestido con traje de seda y alamares, fumando un buen puro y con la mayor alegría, salió de su humilde casa, montó en un calesín, y llegó á la plaza de toros, donde ya sus amigos le aguardaban impacientes y con ellos, ese público bullicioso é inquieto que siempre ha sido una de las notas más características de la fiesta.

Lidiábanse aquella tarde toros de las ganaderías de D. Francisco M.^a Martínez y de la viuda de D. José Rafael Cabrerías. Mataban León y Romero Carreto, y con tales reses y tales *espadas* no era extraño que la concurrencia fuera muy numerosa.

Comenzó la corrida; el *Maestrazo* no hizo cosa mayor con el capote, suponiendo todos los que lo conocían que se reservaba prudentemente para la *suerte suprema*.

Y llegó el momento: León dió los trastos al sastre y he aquí á nuestro hombre que se dirige á buscar al *bicho* con la faz tranquila, braceando y mirando al público, con cierta sonrisa burlona como diciendo: Ahora van ustedes á ver lo bueno.

Pero lo mismo fué acercarse al toro y estender el rojo trapo, se arrancó el animal que, cerrando la salida al diestro lo enganchó por la rodilla y lo volteó sin consecuencia.

Sensación en el público: Levántase nuestro hombre, fué de nuevo á buscar á su enemigo y al punto se vió

embrocado; dió multitud de pases sin orden ni concierto, se tiró á matar varias veces, resultando lamentables pinchazos y con esto la paciencia del público se agotó entonces, comenzando los silbidos, los gritos burlones, y las palabras tan enérgicas como poco cultas.

El *Maestrazo* estaba desconocido ¿Qué dirían Romero y Candido? ¿Qué dirían los que diariamente habían sido testigos de sus habilidades en la escuela de tauromaquia? En vano Carreto le ponía en suerte el *bicho*, en vano León le daba lecciones de como tenía que portarse... cada vez que el mozo se ponía frente del de Cabrera, ó llevaba un revolcón, ó daba un mal pinchazo, ó salía trompocado... ¿Qué escena aquella!

Seguía, en tanto, la rechifla del público, y el alboroto iba en aumento. El toro ensangrentado por los muchos sablazos, se arrimaba á la barrera, donde no era ya posible conducir al *Maestrazo* que, pálido, molido á golpes, con el traje descompuesto y hecho una verdadera lástima aguantaba sin saber qué hacer las expresivas manifestaciones de que era objeto. Así pasó un largo rato, pero cuando un alguacil se acercó donde estaba el diestro y le dijo que cumpliera con su deber, el *Maestrazo* dió un fuerte empujón al representante de la autoridad y poniéndose cerca del toro, comenzó á dar al *bicho* estocadas por todo el cuerpo y con verdadera locura.

Aquello no se podía tolerar más: el presidente ordenó que retiraran al torero:— ¡A la cárcel! ¡A la cárcel!—gritó el público, y en efecto, nuestro hombre salió del redondel y entre dos guardias nacionales abandonó la plaza y fué conducido á la cárcel, donde pasó algunas horas hasta que por la noche fué puesto en libertad.

Y fué cosa digna de oírse que cuando el *Maestrazo* iba por el callejón cari-acontecido y estropeado, un gracioso que estaba cerca le gritó:

— ¿Qué te ha pasado, hombre?...

El sastre se detuvo; miró fijamente al que le hablaba y contestó con el tono más natural.

— Na... ya vez: porque sólo he *jerío* al toro me llevan preso, si lo llevo á matá me *ajorcan*.

MANUEL CHAVES.

¡GUERRITA!

Asoma... y la misma fiera
Huele ya su valentía;
Borda el sol de Andalucía
Su chaquetilla torera.

Al ángel de sus amores
Rinde vida y corazón,
Y le dá su bendición
La Virgen de los Dolores!

Dios al nacer lo bendijo;
Y la cuna del torero

La puso en el *Matadero* (1)
Donde nació Lagartijo!!

En medio del redondel
No hay un mozo más bizarro;
Dígalo Braulio Pizarro
Que está chiflado por él!

ANTONIO GRILLO

(1) Barrio de los toreros en Córdoba.

El mejor aficionado
 a Toros que conosco en
 En esta matanza es mi querido
 amigo Braulio Pizarro
 Guerrita

✠
 En elogi
 de las Fiestas de Toros
 hizo el Licenciado
 Jorge Soto Zespeyes
 el siguiente graue y autorizado
 SONETO
 que lo dedica al muy circunspecto cauallero
 D. Braulio Pizarro
 ✠

No en bárbaras pirámides famosas
 Ni en duros obeliscos inmortales,
 No en los mármóreos arcos colosales
 Padron de cien empresas victoriosas;
 No en broncíneas memorias ostentosas,
 Esculpirá la Fama en sus anales
 Las páginas soueruias y eternas
 De las lides taurinas portentosas:
 Tebas, Memphis y Roma la inuencible,
 Magníficos alçaron monumentos
 Que al fin el Hado destruyó terrible,
 Fugaces como humanos pensamientos;
 De las glorias taurinas sin segundo,
 Quedará la memoria en todo el mundo

LAVS DEO

En el mundo no
 hay más que dos
 toreros, Guerrita co-
 mo bueno y yo co-
 mo malo
 Pa co el ole los Perro

Excmo. Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros

Mi querido amigo:

Me pides que escriba algo para el número extraordinario de EL TOREO que vés á dedicar á nuestro excelente amigo D. Braulio Pizarro, aficionado, si los hay, al arte de Pepe-Hillo y admirador entusiasta del inimitable Guerrita; pero es el caso, que ni yo entiendo de la brega, ni mi entusiasmo por la fiesta nacional sale de ciertos límites, ni sé á punto fijo si lo que me pides es verso ó prosa; lo primero, ya sabes que no lo gasto, y en cuanto á la prosa que para mi uso particular empleo, de puro endeble se cae y desmaya, así, ocúrreseme, para bien de todos, suprimir lo de mi cosecha y enviarte en su lugar el adjunto cartelillo de mi colección de papeles curiosos, cuya reproducción se verá por los aficionados con más gusto que algún escrito mio, que á voces pediría banderillas de fuego, y váyase lo uno por lo otro, y yo siempre tu más entusiasta amigo

MANUEL GOMEZ IMAZ



LISTA DE DUEÑOS DE TOROS,
QUE EN LAS PRIMERAS FIESTAS DE LOS DIAS
 22 y 23 de Abril se han de jugar en la Plaza de la Real
 Maestranza de Caballería de esta Mui Noble, y Leal Ciudad de
 Sevilla, con expresion de las Divisas, que han de salir, nombres
 de los que les han de dar muerte, afsi de acaballo, como
 de á pie. Año de 1763.

Dueños.

Colores y Divisas.

DE D. Joseph Maestre.....	Verde.
Del Marques de Valle Hermoso.....	Azul.
Del Marques de Ruchena.....	Anteada.
De D. Francisco del Rio, y Riscos.....	Blanca.
Del Algaravejo.....	Negra.
De D. Ramon Liberal.....	Encarnada, y blanca.
De D. Thomas de Rivas.....	Encarnada.
De D. Francisco Esquivel.....	Azul, y Encarnada.
De D. Fernando Ossorno.....	Verde, y blanca.
Del Conde del Aguila.....	Azul, y blanca.
Del Marques de Medina.....	Azul, y anteada.
De D. Luis Ibarburu.....	Encarn. azul, y blanca.
De Manuel Gonzalez.....	Pajiza, y morada.
De Gregorio Vazquez.....	Negra, y blanca.

EN los dos referidos dias se dará muerte á 44 Toros de las dichas
 Castas, probando fortuna á su braveza, de acaballo, los diestros
 Christobal Ravisco, Francisco Gil y Juan de Escobar; y de á pie, los
 conocidos Juan Miguel, Manuel Palomo, Joachim Rodriguez, y Antonio
 Albano. Dios quiera se ejecuten sin la menor desgracia, recordando á los
 aficionados á esta diversion contamos desde las primeras fiestas públicas en
 España seiscientos setenta y tres años; en cuyo espacio se han formado va-
 rias plazas en nuestra Península, excediendo, estando acabada, (no se si diga
 á las del Orbe) la de esta Ciudad.

Con licencia. En Sevilla, en la Imprenta baxo de N. Sra. del Populo, en calle
 Genova, y permiso de la Real Maestranza.

La corrida de Toros

(Á D. Braulio Pizarro.)

Fiesta del día, los toros;
 punto de cita, la plaza;
 en los toriles, seis fieras;
 y en el cartel, tres espadas.

Las dos. Ansioso á la calle
 se lanza Madrid entero,
 y hay por doquiera bullicio
 y algazara y movimiento.

La vena del entusiasmo
 estalla en todos los pechos
 y en olas de patriotismo
 sube á inflamar el cerebro.
 Castilla, ardiendo de gozo,
 renueva gustos añejos;
 y puesto el pié en el estribo
 para subir al asiento,
 lanza las penas á un lado,
 borra de sí los recuerdos,
 y va á la plaza anhelante
 como iba al Circo el Imperio.

Aún lleva Fornos la gente

en bullicioso hervidero,
y aún billetes aguardando
hay una cola de ciento,
y ya los ómnibus cruzan
retemblando sobre el suelo,
desempedrando las calles
y vacilando de llenos.
Sobre la inmensa corriente,
vierten lluvia de reflejos
las chispas abrillantadas
en flores, randas y flecos,
llenando viejos simones
y cada cual en su puesto,
van á la plaza asturianos,
andaluces y gallegos,
mezclando al coro ruidoso
los populares acentos;
marchan también catalanes
y murcianos y extremeños.
Atronantes cascabeles
mueven extraño concierto,
y cortan la luz las ruedas
en repentinos destellos;
entre tumbos y entre risas
hacia el circo marcha el pueblo;
y formando torbellino
el gritar del vocinglero,
y el denuesto del borracho,
y la broma y el requiebro,
rueda la gran catarata
con su zumbido siniestro,
su brillante vestidura
y sus escamas de fuego.

**

¡Vivan la fiesta española,
y el popular instrumento,
y la calada mantilla,
y el afelpado sombrero!

**

Luciendo en los fuertes toros
moñas y lazos diversos,
aceleradas las mulas
corren del látigo al trueno;
atestados los tranvías,
sobre la cintas de hierro
mueven las ruedas veloces
resbalando por el suelo;
van en pintada calesa,
puesto con gracia los cuerpos,
lujosamente adornados
la chula con el *flamenco*;
ensordecen los oídos
la cháchara del pilluelo,
el batir de los herrajes
y el fragor de los acentos;
todo ondula, flota y vaga;
y de pronto, con denuedo,
de un coche dos combatientes
furiosos bajan al suelo,
y forman, mientras acuden
los guardiás á detenerlos,
granizada de moquetes,
machacamientos de huesos,
aluvión de testarazos
y molienda de pellejos.
Todo en tropel se derrama;
y en su marcha hay tal aspecto
y en sus tipos y figuras

tal ambiente madrileño,
que parece que resbalan
confundidos entre el pueblo,
los borrachos de Velazquez,
los vagabundos de Ortego,
las mujeres de Fortuny
y de Goya los chisperos.

**

¡Pero, mirad! Imponente
se alza la plaza á lo lejos,
y el sol vuelca en su corona
rojizo y brillante incendio.
Se abren las puertas pesadas
sobre los firmes cimientos
que soportan de los muros
el anillo gigantesco,
y cien arcos vigorosos
van, en orlas, recorriendo
como calados encajes
los paredones soberbios;
en el grave frontispicio
adornado de arabescos,
se abre una puerta anchurosa
que sirve de paso al centro;
y encima, como diadema
del rudo titan inmenso,
mil gallardetes ondulan
que, flotantes y ligeros,
como látigos del aire
los cruje y los riza el viento.

Con sus movibles cabezas
y sus gritos turbulentos,
sobre las gradas sentada
la multitud zumba dentro;
vivos torrentes de luces
se despeñan sobre el suelo,
y todas las manos mueven
abanicos y pañuelos;
estalla allí una pendencia,
resuena allá un vituperio,
á un palco llega una dama
vestida en traje torero,
muévase ronco tumulto,
dése á la lidia comienzo,
la marcha de *Pan y toros*
trueno del circo á un extremo,
ya va á salir la cuadrilla,
la puerta gira: ¡silencio!

**

De tres en tres colocados,
en sus capotes envueltos,
de los pliegues oprimidos
libres los brazos derechos,
las monteras en las sienes
y los pies en movimiento,
detrás de los alguaciles
que comienzan el despejo,
primero van los espadas,
después los banderilleros,
siguiendo los picadores
sobre caballos entecos,
y mozos, tiros y mulas
ponen remate al cortejo.

Al avanzar, un aplauso
que remeda el son del trueno,
en toda la plaza rompe
y se prolonga rugiendo.
Camina el tropel vistoso,

y á su alegre movimiento
 arde la luz en los trajes
 con vivo chisporroteo;
 junto al estribo formados,
 finos saludan los diestros;
 truecan las capas brillantes
 por los capotes de juego;
 los picadores ocupan
 junto á la valla sus puestos;
 pide un aguacil la llave,
 á escape atraviesa el ruedo,
 y tras sonar de clarines
 adelanta el cornupeto,
 que bufa, extiende la cola,
 ¡y arranca cortando el viento!

A su feroz embestida,
 caballo, pica y torero
 entre mil exclamaciones
 rodando miden el suelo;
 á otro jinete se lanza
 el fiero bruto mugiendo,
 y hace botar en la arena
 al caballo descompuesto;
 al tercer firme jinete
 se abalanza con denuedo
 y arroja contra el estribo
 á caballo y caballero;
 pasa la fiera bufando
 á escape por todo el ruedo,
 y esconde tras de la valla
 mozos, capas y toreros.
 —«¡Caballos!» el pueblo pide,
 —«¡Caballos!» prorrumpen el pueblo
 suenan cencerros y pitos,
 vuelan naranjas al suelo,
 y tras gigante barullo
 tres jacos salen de nuevo
 con tres vendas colocadas
 en los tres ojos derechos.

Parados contra el estribo,
 del toro al empuje horrendo
 la débil bestia que monta
 suelta el jinete primero;
 destrozada la segunda,
 sin silla, rienda ni freno,
 revuelta en su propia sangre
 el circo cruza corriendo;
 vacilando la tercera,
 mientras desplómase al suelo,
 en rojos caños la vida
 desemboca por el pecho.

De nuevo el bullicio estalla,
 de nuevo rompe el estruendo,
 —«¡Caballos!» pide el tumulto,
 van en tropel los toreros,
 y adelantan los jinetes
 nuevos caballos trayendo
 entre gritos de entusiasmo
 y aclamaciones del pueblo.

No bien cruzando la arena
 se colocan en sus puestos,
 con ciega cólera el toro
 arranca osado y derecho.
 Clava entonces la garrocha
 el picador resistiendo,
 y de la bestia irritada
 resiste el golpe soberbio;

redobla su fuerza el bruto,
 su rabia esfuerza el torero,
 lanza el uno resoplidos,
 estira el otro los miembros,
 y al dominar, valeroso,
 la bestia, fija en el suelo,
 mientras la arena se alfombrara
 de tabacos y sombreros,
 ¡la moña de raso y oro
 le arranca con firme pecho!

Terminan los picadores,
 y rasga entonces el viento
 de los sonoros clarines
 el toque agudo y guerrero.
 Primorosas banderillas
 llenas de lazos diversos,
 entre las manos oprimen
 los libres banderilleros;
 junto al estribo, el espada
 arregla trapo y acero;
 échanle capas al toro,
 furioso acude al encuentro,
 y hasta la fiera llegando
 uno tras otro los diestros,
 con arrojo y galanura
 clavan tres pares soberbios,
 uno al quiebro, otro de frente,
 y otro dejándolo al sesgo.

Pero se yergue el espada,
 y asiendo el trapo bermejo
 y el estoque reluciente
 de empuñadura de fuego,
 marchando á ser el saludo
 como ordena el reglamento,
 al severo presidente
 dice, las piernas abriendo:
 —«¡Brindo por el que preside,
 por las jembras de salero,
 por el valor, por España,
 por lo noble, y por lo bueno!»

Una tempestad de aplausos
 repetida por cien ecos
 lanza la gente inmediata
 y torna luego al asiento.

La muleta replegada
 y oprimida entre los dedos;
 en la derecha el estoque
 lleno de vivos reflejos;
 bien trenzada la coleta;
 ceñida la faja al cuerpo
 y moviendo la persona
 con airoso contoneo,
 llega á la fiera el espada
 paso tras paso, sereno,
 y despliega la muleta
 con arrogancia y denuedo.

Embiste, bufando, el toro,
 y un presto pase de pecho
 hace que el asta atraviese
 del matador junto al cuerpo;
 cambian entrambos de sitio,
 y arrancando de sus puestos,
 un nuevo pase en redondo
 gallardo describe el diestro;
 acude al trapo la bestia,

las curvas astas blandiendo,
y alza por alto el espada
muleta y estoque á un tiempo;
uno tras otro los pases
ráudos se van sucediendo;
rompe en voces el gentío;
al circo van los sombreros,
y tras la brega lucida
quedan, mirándose atentos,
el animal, resoplando;
y de perfil, el torero.

Más pases dados con arte,
fijos los piés en el suelo,
ponen la indómita bestia
cuadrada sobre el terreno;
el matador, indeciso,
un punto quédase atento,
y en todo el circo un instante
reina absoluto silencio;
de izquierdo á derecho lado
mueve la muleta el diestro;
enfila luego el estoque,
arrolla el trapo ante el cuerpo
y arrancando con coraje
clava hasta el puño el acero,
¡el fino cuerno rozando
y por la cola saliendo!

Ruidosa ovación de palmas
llena el circo con estruendo
y al aire vuelan cigarros,
fajas, botas y sombreros.

Termina, al cabo, la fiesta,
y queda al final el ruedo
por todas partes surcado
de chulos y de pilluelos.
Cuáles, siguen al espada
que, diligente y apuesto,
con el capote en el hombro
marcha con paso sereno;
quienes montan á la fiera,
que arrastrada por el suelo
delante lleva las mulas
con sus sonantes arreos;
éstos, saltan el estribo;
aquellos, finjen un quiebro;
ponen unos banderillas;
mueven otros los pañuelos,
y los de allá alborotando
emprenden su seguimiento
tras las carrozas cargadas
de engalanados toreros.

La tarde, en tanto, declina,
y finjen trágico incendio
en los brillantes espacios
los nubarrones sangrientos.
Madrid torna á sus hogares,
y con andar macilento,
las alumbradas aceras
cubre en movible trasiego;
gritos de júbilo vibran
al mismo gemir del viento
y los caballos levantan
chorros de luz de los suelos;
chanzas y dichos alegres
se entremezclan al concierto;
coros inundan los aires;

risas conducen los ecos,
y en vibraciones sonoras
todo derrámase á un tiempo
y entre las sombras se pierde
como confuso lamento.

¡Emociones, alegrías,
valor, carácter, denuedo,
patria, sol, himnos, cantares....
prez á España, viva el pueblo!
SALVADOR RUEDA.

SEGUIDILLAS

Al ARTE ANDALUZ fuego
me ceda espacio,
para cantar los hechos
del gran Pizarro
No hay que asustarse;
no se trata, señores,
del elefante.

Se trata de un sujeto
de gran tronío,
que tiene con las jembras
mucho partío;
Y es más torero,
que fueron Curro Montes
y el Chiclanero.

En toda Extremadura
y Andalucía,
es el hombre, persona
muy conocida.

Hablando claro,
diré quien es: se llama
Braulio Pizarro.

Tocándose y cantando
por alegría,
y echando abajo cañas
de Manzanilla,
no hay quien le iguale;
que como nadie, Braulio
tiene buen ángel.

¡Pues y hablando de toros?
No sabe nada.
Al dedillo conoce
la tauromaquia;
Y la práctica
sorteando á las reses
con maestría.

También á las *barbianas*
las toma en corto
y á sus plantas las rinde
como un Tenorio:
Que no hay ninguna
que resista á su gracia
y á sus hechuras.

Admira al gran *Guerrita*
como el torero
más general, más bravo
y el más completo.
Y le profesa
amistad cariñosa,
profunda, intensa.

Hoy que al público *El Arte*
dá su retrato,
con gusto hago el elegio
del buen Pizarro.

Mi enhorabuena,
y un apretado abrazo
de

LUIS CARMENA